

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

La primera comunión de los niños

Al leer la vida de la beata Imelda Lambertini, (1) de esa niña angelical cuyo corazón, no pudiendo contener el torrente de caridad que Jesús allí derramó al recibirle por primera vez en la comunión, cuando ella apenas contaba diez años de edad; al recordar con íntimo placer del espíritu ese prodigio de amor, uno de los más admirables que registra la historia de los santos, he pensado también en los niños y en la trascendencia que tiene el acto de hacer bien la primera comunión. Ya que el Papa recomienda que se les acostumbre á frecuentar la mesa eucarística, desde que su razón empieza á esclarecerse, voy á decir algo sobre la primera comunión de los niños.

El obsequio más agradable á los ojos de Dios es el que procede de un corazón puro que le ofrece las primicias de sus amores. El niño, al llegar al uso de la razón, es una flor inmaculada, que por primera vez abre su capullo á los benéficos rayos del sol; el rocío de la gracia bautismal la conserva todavía fresca y lozana y el aroma de la inocencia se esparce en torno suyo en efluvios de dicha celestial; no esperemos á que esa flor se marchite, no aguardemos á que los cierzos inclementos la maltraten, ofrezcámosla pura y fresca en los altares de Dios. Así El la recibirá complacido y

(1) Era religiosa dominica y se reza de ella el 16 de Septiembre.

henchirá su cáliz con el rocío de sus gracias y ella, al verse bañada en los esplendores del Sol divino, al recibir en su corola su dulcísimo beso, sentirá circular por todo su sér con estremecimientos de dicha, el torrente de la vida sobrenatural que rejuvenece la naturaleza y aumenta sus energías.

No prestemos oídos á los que dicen ser necesario que el niño esté perfectamente instruido en los misterios de nuestra fe, para que se le permita recibir este augusto Sacramento; basta, como enseñan el Concilio Tridentino y el Papa Pío X, que sepa los dogmas absolutamente necesarios para salvarse, que sepa distinguir el pan eucarístico del pan ordinario y comprenda lo que en aquél recibe. Esperar á que el niño sepa darse cuenta exacta de su religión es exponerle á que el pecado robe de su alma la flor de la inocencia, es impedirle recibir tesoros inestimables de bienes espirituales. ¿Acaso no tiene el niño, en llegando al uso de la razón, igual obligación de recibir este Sacramento que el de la Penitencia? Pues ¿á qué tanto rigor para permitirle acercarse al Sacramento de la gracia, siendo así que el de la Penitencia requiere condiciones más difíciles de ser cumplidas?—Que este Sacramento merece más respeto y veneración, por cuanto que en él se recibe al mismo Autor de la gracia... Pero ¿acaso no dijo el mismo Jesucristo: «Dejad que los niños se acerquen á mí, porque de quien á ellos se asemeja es el reino de los cielos»...?—Que el niño no puede apreciar debidamente este don soberano... ¿Y quién es capaz de prepararse á recibirlo con las debidas disposiciones? Y, al fin, eso ¿qué importa? Tampoco podemos apreciar como se merecen los desvelos y caricias que nuestras madres nos prodigan en los primeros años y, sin embargo, esos son los que recordamos durante toda la vida con más íntimo gozo de nuestras almas. Vosotros, moralistas rígidos, ¿no encon-

tráis entre vuestros más dulces recuerdos el de un beso, un abrazo, una caricia recibida en la cuna que mecían vuestras madres? ¿Y pensáis que Dios será con los niños menos amoroso que sus padres carnales? ¿Imagináis que no corresponderá con exceso á la ofrenda que de su amor le hacen corazones infantiles? ¿Podréis creer que no les franqueará las puertas de su divino Corazón y no estrechará sobre él con apretado abrazo á esos ángeles cuyo amor solicita con el cariño de una madre, diciendo: «Hijo mío, dame tu corazón?» Dejad, moralistas austeros, dejad que los niños se acerquen al Dios del amor y no seáis vosotros más severos que el Divino Maestro. Que si El, mientras anduvo por este mundo, se gozaba en tratar con los niños y, tomándolos en su regazo, les daba su bendición, ¿qué prendas tan dulces de su amor no les dará, cuando entrando dentro de su pecho encuentre en su corazón un altar en que arde la llama del primer amor?

Con esto no queremos decir que no deba prepararse con solicitud y cuidado á los niños, antes de recibir este pan del cielo. La reverencia debida á tan augusto Sacramento pide que antes se les enseñe qué es lo que van á recibir en la comunión y con qué disposiciones deben adornar su alma que va á ser templo vivo del Dios de la majestad; pero no se ha de pretender que tengan un conocimiento perfecto de este misterio, pues lo que más importa es que el alma no ponga obstáculos á las influencias de la gracia y que el corazón lo reciba con amorosas ansias de bienes espirituales.

«Más vale comulgar por amor que abstenerse por temor», dijo la Eterna Sabiduría al beato Enrique Suso. Si, pues, se advierten en un niño disposiciones amorosas para recibir este Sacramento, no debe apartársele del banquete eucarístico por temor á que lo profa-

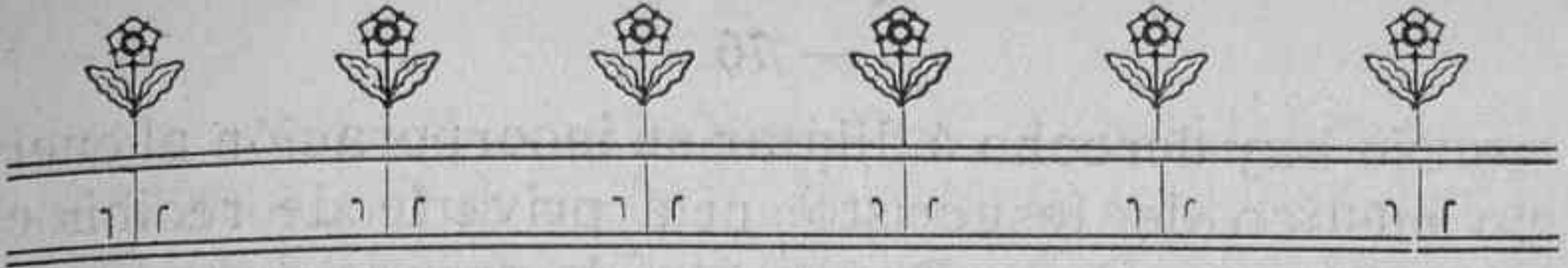
ne, No hay derecho á dilatar su incorporación al cuerpo místico de Jesucristo, ni á privarle de recibir el complemento de la Redención, la prenda de la bienaventuranza. Acercándose á la fuente de la sabiduría, aprenderá mejor los misterios de la fe; aproximándose al sol de la gracia, será enriquecido con abundancia de celestiales carismas; uniéndose al corazón amoroso de Dios, arderá el suyo en nuevas y más puras llamas de caridad; gustando las dulzuras de este pan celestial, quizá sienta

El hálito de Dios que, cuando pasa,
nos deja las nostalgias de la gloria,

ese hálito embriagador que hacía exclamar al piadoso y elocuente P. Lacordaire: «Después que yo he conocido á Jesucristo, nada me ha parecido bastante bello para mirarlo con ojos de concupiscencia. ¡Es esto tan poca cosa para un alma que ha visto á Dios una sola vez y le ha sentido!..»

FR. J. PRIETO.





María Magdalena ⁽¹⁾

(CONTINUACIÓN)



UNA fuerza misteriosa agitaba el corazón de Magdalena desde el día que la palabra de Jesús había sanado su cuerpo é iluminado su alma.

Era la virtud de Dios que oculta y silenciosamente renovaba su espíritu, infundiéndole la savia divina de la gracia. No ignoraba María el cambio que se verificaba en su interior; apenas se conocía á sí misma. Sus locas ansias por los placeres mundanos habíanse trocado en profundo desdén hacia ellos; su orgullo y vanidad mujeril sólo era ahora un recuerdo de amargor infinito, que oprimía su alma; toda su vida pasada le inspiraba la más intensa aversión. En cambio, allá lejos columbraba los esplendores matinales de una vida que comenzaba, llena de encantos y atractivos. No descubría en ella el silbo engañoso del placer impuro, ni las delicias de mundanales ensueños y terrenos festines, sino la rosada aurora de una vida divina llena de humillaciones y sacrificios, pero también hermo­seada con todas las virtudes y al fin premiada con los más altos placeres del espíritu. Esta visión de la vida sobrenatural, á que Jesús la llamaba con voz interior, iba dibujándose cada vez más clara en su alma. El día en que el divino Maestro fué convidado por Simón el leproso, apareció á los ojos de María en todo su celestial esplendor.

La escena que voy á referir tuvo lugar en Galilea, próxi-

(1) Véase el número de Julio de LA VERDAD RELIGIOSA.

mamente un año antes de otra muy parecida que se verificó en Betania, cerca de Jerusalén, en casa de Lázaro. Los exégetas convienen generalmente en distinguir estos dos episodios, aunque uno mismo fué el héroe de ambos: la gran convertida. En el primero brilla el amor del arrepentimiento, las lágrimas de la penitencia; en el segundo es la amistad íntima, la caridad consumada quien resplandece. Allí se verifica el misterio de la conversión, dáse el paso primero y definitivo en el camino del cielo; aquí el alma ha llegado ya á la cumbre de su ascensión, presiente los albores soberanos de su absoluta transformación en la Divinidad.

Un fariseo rico, soberbio, de aquellos que decían: «apártate de mí que soy limpio», cuando pasaba á su lado cualquiera de los humildes hijos de Israel; uno de los muchísimos que asediaban á Jesús con sus necias cuestiones, invitó al Maestro Nazareno á comer á su mesa. Jesús para nadie era desdeñoso, y aun cuando de sobra comprendía la inmensa soberbia de los fariseos, tan infundada como digna de desprecio, solía aceptar sus invitaciones, quizás muchas veces para humillarlos con su conducta ó más bien para ilustrarlos con su doctrina y ejemplo. Entró pues en casa de Simón el leproso, que así se llamaba el fariseo en cuestión. No fué tan atento y cordial el recibimiento que éste le hizo, como solía serlo el que hacían los judíos á sus convidados, pues ni siquiera le ofreció agua para lavarse, ni le dió el ósculo de paz, ni mucho menos le ungió con el aromático óleo, con que se honraba á los grandes huéspedes.

Fué en suma una recepción fría, oficial y aún menos, pues ni se guardaron en ella las prescripciones más elementales de la urbanidad corriente.

Mucho sintió Jesús estas faltas de consideración, pero estuvo muy lejos de quejarse de ellas hasta que se vió obligado á sacarlas á relucir, para defender á nuestra heroína, que vino á suplir en aquel día con sus muestras de respeto y acendrado amor todas las descortesías de Simón el leproso.

Habíase sentado el Maestro en uno de los divanes que rodeaban la mesa. Ya todo estaba dispuesto y dió principio la comida. Los convidados eran numerosos, en general hostiles á Jesús, probablemente fariseos en su mayor parte, opu-

lentos y soberbios: los aristócratas de la ciudad. Los servidores iban y venían en medio de inmenso trajín; los convidados libaban sendas copas del rico y aromático vino chipriota; la conversación arreciaba... todo era anuncio de que el banquete había llegado á su punto culminante. Entre los huéspedes sólo Jesús conservaba su inalterable serenidad, aquel dominio de sí mismo que jamás le abandonaba.

Todos los demás se habían entregado á los delirios del gusto, tenían sus sentidos embriagados por el placer y por el espeso y fragante vaho que los vinos de Chipre y los tarros de esencias orientales, que aromatizaban la estancia, exhalaban. Ya promediaba el festín. Entonces vióse penetrar en la sala una mujer de todos conocida por sus estravíos. No saludó al señor de la casa, ni avisó á ninguno de los servidores. Para ella sólo un hombre había en la estancia y á él se dirigió sin parar mientes en toda aquella encoquetada aristocracia que honraba la casa de Simón. Llevaba en sus manos un tarrito de alabastro lleno de preciosísimo unguento. Iba humildemente vestida sin ninguna de las ricas alhajas con que solía adornarse, hasta traía suelta su magnífica cabellera, que era el encanto de sus admiradores. Grande fué la sorpresa de los convidados, al ver tan desaliñada á la rumbosa dama de Magdalo y mucha la indignación del puritano dueño de la casa al observar la entrada de aquella escandalosa joven en su palacio y la despreocupación con que se encaminó hacia donde se sentaba Jesús; pero mucho mayor fué el asombro de todos al notar que se postraba detrás del asiento sobre los piés del Maestro, y llorando á lágrima viva le lavaba los piés con el licor de sus ojos, limpiándolos después con los hermosos cabellos, por último besándolos con indefinible ternura, derramó sobre ellos el tarro de olorosas esencias. Era esto último el honor más grande que se tributaba en Israel á los hombres ilustres; era como la consagración suprema de la más encumbrada hidalguía, el sello de la más sublime aristocracia, era el premio del heroísmo en todos los órdenes de la vida humana.

Al contemplar, pues, el soberbio Simón aquella escena muda, que en presencia de sus convidados se desarrollaba en medio del más profundo silencio, con toda la solemnidad

de los más grandes acontecimientos, llenóse de indignación, y tomando el suceso por el lado ridículo de su puritanismo religioso, comenzó á decir entre sí: «Si este hombre fuera profeta, de sobra sabría quién es ésta mujer que le toca y cuál su desarreglada vida llena de crímenes y escándalos». Hízose Jesús el desentendido, y mientras dejaba á la mujer que ungiere y besase sus piés, dirigió á Simón la palabra en estos términos, en apariencia tan ajeno á lo que el fariseo para sí musitaba: «Oye, Simón, tengo que decirte una cosa». «Dila, Maestro», respondió el fariseo. Entonces Jesús: «Había un prestamista á quien un individuo debía quinientos denarios y otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagarle, se los perdonó á entrambos. ¿Cuál de estos dos deudores te parece que debe amar más á su acreedor? «Creo, respondió Simón, que aquél á quien más ha perdonado». «Muy bien» dijo Jesús, y volviéndose á la mujer que á sus piés estaba postrada, dijo á Simón: «¿Ves esta mujer? He entrado en tu casa, y no me has dado agua para lavar mis piés. En cambio ésta me los ha lavado con sus lágrimas y limpiado con sus cabellos. Tampoco me has dado el ósculo de paz, mientras ésta desde que entró no cesa de besar mis piés. No has ungido con óleo mi cabeza; en cambio ésta ha regado mis piés con precioso unguento. Por todo esto te digo que le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. A quien se perdonan pocos es porque ama menos.» Enseguida dijo á la mujer: «Te son perdonados tus pecados».—El asombro más estupendo se vió retratado en el rostro de todos, al escuchar aquellas palabras de supremo perdón, que sólo Dios podía pronunciar. «¿Quién es éste—decían para sí—que hasta perdona los pecados?». Más Jesús insistió: «Mujer, tu fe te ha salvado: vete en paz».

Tal fué la sublime escena de la conversión de María Magdalena, que con tanta riqueza de detalles nos refiere San Lucas. Pocos hay más tiernos y encantadores en el Evangelio. En ella se nos presenta la suprema misericordia junto al supremo arrepentimiento; el alma pecadora purificándose con una palabra, que la eleva hasta Dios. Aquí se descubre la bondad infinita de Jesús, ajena á todo formulismo, extraña á las vilezas y humanas hipocresías, y á su lado, el puri-

tanismo farisaico, que entonces como hoy y como siempre ostenta su silueta descarnada, llena de sinuosidades trapaceras, sepulcro blanqueado repleto de inmundicias, mientras salta de horror ante la leve pajita que ni siquiera toca el borde de la ropa.

La visión de Jesús nos revela la sinceridad suma del Espíritu divino; la de Simón, la eterna hipocresía del espíritu humano en las luchas religiosas. Más después del celestial Maestro, el tipo culminante, la figura más digna de atención es Magdalena. ¡Qué hermosura y grandeza de alma revelan todos sus actos! ¡qué aristocracia la de su espíritu iluminado por los resplandores inefables del Sol eterno, que le había herido con sus rayos! Las perlas de sus ojos refrescando los pies del Salvador; las doradas madejas de sus cabellos que le sirven de toalla en aquel extraño lavado; el unguento que derrama y los besos tiernísimos que imprime en las divinas plantas, y su postura y... todo su aspecto es un testimonio elocuente de las maravillas que Dios en ella obraba. Desde este momento verán en ella los siglos advenideros el tipo acabado de las almas convertidas, de las ovejas extraviadas vueltas de nuevo á la majada del divino Pastor. María realizó plenamente en sí misma la parábola del hijo pródigo. Si en alta voz no confesó sus pecados, en cambio sus lágrimas sirvieron de heraldo que predicaron ante el mundo su arrepentimiento sincero, y á los ojos de Jesús no hubo menester de confesión, porque su vista soberana penetra las almas de un modo intuitivo y directo.

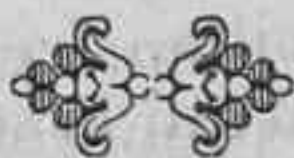
Las últimas palabras que Jesús dirigió á Magdalena, después de otorgarle el perdón en premio de su sincera penitencia é intenso amor, nos revelan un estado de alma propio de la verdadera conversión, de la cual es prenda y signo ciertísimo, si lo hay en esta vida. Me refiero á aquella expresión:

Vete en paz.

Reflexionemos un poco sobre ella.

(Continuará).

FR. J. M.^a GRAÍN.





A la Natividad de la Virgen

Ruge, fiero Satán, ya estás vencido;
Ya aparece la estrella matutina
Que ha de llevar su lumbre nacarina
A este mísero mundo decaído;
Ya la blanca paloma
En su gracioso pico va labrando
Sitio al ramillo que del árbol quita
Y lleva al arca, gozosa suspirando,
Esta enseña bendita
Que ha de llenar con celestial aroma
Los cielos y la tierra
Y disipar de nuestros ámbitos la guerra.

Miradla cómo sale
De las manos de Dios omnipotente,
Blanca como la nieve de la altura,
Esbelta cual la palma del desierto,
Clara como un Oriente,
Graciosa como un campo de hermosura,
De flores mil cubierto,
Radiante dulce y bella
Cual de la noche rutilante estrella,
Vestida de colores y cambiantes
Cual la reina famosa
Del salmo del profeta,
Que hecha un ascua de luz, hecha una rosa;
Hecha un primor de gentileza humana,
Se presenta á su rey encantadora.
Y como la mañana
Encanta al sol, al aire y á la aurora,
Así encanta esta rosa soberana
Al rosal de los cielos,
Al Dios omnipotente que, al crearla,
Se puso á contemplarla,
Y al verla tan sencilla,
La bendijo y plantó allí la semilla

Que germinara en su bendito seno;
El ramo que llevaba la paloma
En su pino gracioso,
Tan verde, tan gentil, tan oloroso.

¡Hermosura de amor! Abrid las puertas
Serafinos del cielo,
Que entre ya en nuestro suelo
Esa bella paloma,
Que la veamos y gocemos de ella;
Con la paz nos convida, es nuestra estrella;
Que la contemple el mundo placentero.
Es la hermosa mañana
Que ameneció para el linaje entero,
Es Reina soberana,
Es la hermosa María
Que al despuntar el día,
Como el rocío en las graciosas flores,
Así cayó desde los altos cielos
A este valle de penas y dolores,
Cual rica levadura,
Para calmar nuestros amargos duelos.

Cuando la aurora reluciente sale,
Tendiendo el claro manto de su lumbre,
Huye la noche oscura;
Y al salir esta aurora de hermosura
Con solo su vislumbre,
Ahuyentó la negrura
Que al mundo oscurecía;
Porque esta Virgen purísima María
Es la aurora fecunda
Que trajo al mundo el bello Sol divino,
Lucero matutino,
Que con su resplandor todo lo inunda.

La viña de Engadi ya ha florecido;
Dulces higos ofrece ya la higuera,
Las dos nos han traído
La fruta verdadera;
La vara de Jessé echó la flor fuera.
¡Qué ideal está! ¡qué hermosa
La vara de Jessé con esta rosa!...
Como el tallo con flores,
Como el manto del cielo con estrellas,

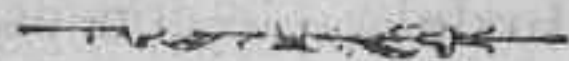
Como la aurora despidiendo albores,
Judea ahora aparece
Como la blanca Luna
Que hermosa resplandece,
Entre estrellas, graciosa cual ninguna.

La primavera vino,
Florecieron los árboles y el prado
Y alegre Febo hermoso de continuo
Los montes y el collado;
Señal de que han cesado
Los fríos del invierno despiadado.
Es esta Virgen pura,
Radiante en bendiciones y hermosura,
La graciosa y eterna primavera,
Que trayendo al gran Sol de la justicia,
Vuelve nuestro destierro una delicia.

La Hija de David, la esclarecida
Reina del cielo, la mujer más pura,
La obra distinguida
Entre todo mortal, real criatura,
Aquella que esperaban
Los profetas de Dios, á quien cantaban
Todos á una con sublime acento,
Ahora ha descendido
A calmar de los hombres el lamento
Y á remediar el daño que ha causado
Nuestra madre primera en su pecado.

Hoy es día de gozo,
De paz y de consuelo;
Múdese nuestro duelo,
En fiestas y alborozo;
Que la esperanza ha renacido al mundo,
Y esta aurora divina,
La celestial María
Es presagio de paz y de bonanza
Paz que á todos alcanza;
Es el iris que al mundo da alegría,
Que con sus tintas de colores rojos
Aplaca los enojos
Que de Dios nuestra culpa merecía.

FR. P. GÓMEZ, O. P.





LECCIÓN EFICAZ

Cortesía anticlerical

En Julio de 1873 viajaban á bordo de un vaporcillo que hacía la travesía fluvial entre Rosario y Santa Fe (Argentina) dos PP. Dominicos, el M. R. P. Provincial Fr. Dionisio Márquez y otro religioso en calidad de socio, los cuales se dirigían á la segunda población con objeto de hacer la visita canónica en un convento dominicano que en ella había. Los compañeros de viaje eran pocos y entre ellos iban algunos comerciantes, un militar de alta graduación, moreno, alto, robusto y de respetable presencia, y algunos estudiantes de la Universidad de Buenos Aires.

El frío de la mañana y el fuerte viento que soplaba sobre cubierta obligó á los pasajeros á recogerse en una sala estrecha y rectangular, próxima al comedor, donde se leía por dentro y por fuera esta advertencia: «Salón de fumar». Acomodáronse todos como pudieron en algunos sofás, mesas y butacas allí distribuidos. Los religiosos se pusieron á rezar el Oficio en un ángulo, el militar se tendió en un sofá entregándose á la lectura y los estudiantes, formando grupo con otros cuantos pasajeros, empezaron á charlar con animación, al mismo tiempo que apuraban sendas tazas de café. Entre todos llamaba la atención uno de los estudiantes, jóven á quien apenas apuntaba el bozo, quien alzando la voz y con gran petulancia empezó á perorar contra las Ordenes religiosas, negando su utilidad, considerando su existencia como un anacronismo y un resto del atraso de otras épocas, y avanzando en sus ataques, llegó hasta delatar inmoralidades y delitos de que—según él decía—eran mudos testigos los muros de los claustros.

Los dos religiosos no parecían preocuparse de las auda-

cias de aquel voquirrubio petulante, sin duda, para no dar importancia á quien no merecía los honores de adversario. Esto animó más al jóven el cual continuó con creciente insolencia sus groseras invectivas contra los frailes, descendiendo en particular á censurar los métodos educativos que empleaban en sus colegios, manifestando, para que todos creyesen que hablaba con conocimiento de causa, que él había hecho sus primeros estudios en uno de los PP. Jesuítas. No llevaba trazas de agotarse la verborrea de aquel fá-tuo charlatán, cuando el comandante, dejando el libro en que leía, le increpó con voz de trueno en esta forma:

—¡Mientes, trompeta! Eres un atrevido y un canalla. Hablas de cosas que no entiendes, ¡palurdo! Cuanto sabes, si algo cabe en esa cabeza hueca, se lo debes á los religiosos, ¡ingrato! quienes también te enseñaron respeto á los demás y en este momento lo olvidas, calumniando á las Órdenes religiosas en presencia de dos de sus miembros. A ellos agradece el no propinarte la lección más práctica que te mereces ¡pedantuelo infatuado!

Todos quedaron como en misa. El aludido, saliendo al fin de su aturdimiento, pretendió salir del paso diciendo:

—¿Quién hablaba con usted? ¿He ofendido á usted en algo? ¿Con qué derecho me increpa usted de ese modo?

—¡Cállate, cobarde!, rugió el militar incorporándose. En cuanto lleguemos á Sante Fe recibirás el pago de tu grosería. ¡Tenlo entendido! Y, dirigiéndose á los circunstantes, agregó: ¡He de meter en la cárcel á ese canalla!

La amenaza surtió efecto. El atrevido insultador se llenó de miedo y no volvió á desplegar los labios en todo el día. Hubo más. A eso de las tres se presentaron sus compañeros al P. Márquez, solicitando hablar reservadamente con él.

—Venimos, dijeron, de parte de nuestro compañero á dar á ustedes una satisfacción, por el disgusto que les causó esta mañana. Está plenamente arrepentido y ruega á ustedes por favor, que interpongan su influencia para que el señor comandante desista del propósito que tiene de prenderlo.

—Ese jóven, dijo el P. Provincial, nos ha herido en la parte más sensible de nuestra alma, al denigrar el fin de nuestra vocación, lo que nosotros más amamos. Se ha portado

con sobrada cobardía, insultándonos tan groseramente. No obstante, pueden ustedes asegurarle que de todo corazón le perdonamos y que haremos lo que podamos en su favor.

Las palabras del comandante solo eran una amenaza, pero bastaron para que el estudiante, antes tan atrevido, pasara unas cuantas horas de angustia terrible. Para librarse del castigo que temía, así que la embarcación atracó al muelle del puerto, saltó á tierra como un gamo y echó á correr por entre coches, carros y bultos de mercancías. El militar que estaba hablando con dos soldados que le esperaban, se volvió rápidamente y dijo con fuerte voz:

—¡Detengan á ese mozo inmediatamente!

Con trabajo lograron darle alcance. Trajéronle á presencia del comandante que en tono severo le habló en estos términos:

—No crea usted que voy á ser cruel con un hombre tan cobarde. Quería únicamente darle una lección. Pero sepa usted que ha escapado del castigo gracias á estos religiosos. Así aprenderá que para algo sirven los frailes.

Dicho esto lo dejó en libertad.

Los soldados, que eran sus asistentes, cargaron con el equipaje, y los religiosos, después de dar expresivas gracias al comandante, se despidieron de él con un apretón de manos.



MISCELANEA

Decálogo de la esposa.—1.º No debes provocar la primera discusión, pero si es inevitable, sostenla con dignidad. Salir victoriosa en la primera discusión te realzará para lo porvenir en el aprecio de tu marido.

2.º No debes olvidar que te has casado con un hombre y no con un Dios; por tanto perdónale sus pequeños defectos.

3.º No hables siempre de dinero á tu marido. Por lo contrario procura ahorrar de lo que te dá.

4.º Con el esmero y buen gusto en el aseo de la casa y en el servicio de la mesa lograrás el afecto de tu marido, por duro que tenga el corazón.

5.º De cuando en cuando déjale la última palabra; eso le gustará y no te hará á tí daño.

6.º No leas periódicos ni revistas de modas, así ganarás tiempo para dedicarte á la lectura de libros piadosos é instructivos que te darán la cultura necesaria para sostener la conversación de tu marido en todas las materias.

7.º No debes ser agresiva y dura en las discusiones con tu marido á quien debes considerar siempre como superior.

8.º Admite fácilmente que tu marido sepa más que tú, pues, al fin, no eres infalible.

9.º Si tu marido es inteligente y formal, sé su amiga; si no lo es, sé, á la vez, su amiga y su consejera.

10. Debes tener el respeto más grande á los padres de tu marido, sobre todo á su madre, pues que lo ha querido y cuidado mucho antes que tú.

La viña del pueblo.—Cuéntase que en una ciudad de Rusia, cierto sujeto de malos sentimientos, quiso demostrar prácticamente lo que son de irrealizables las ideas socialistas, y para ello se valió del siguiente medio: dispuso que muchas plantas de viñas serían cuidadas sólo por el pueblo, como si el socialismo imperase, y que también todos los vecinos podrían utilizar la fruta.

Véamos ahora como terminó esto: el próximo invierno ya no hubo quien hiciera la poda necesaria. Llegó la época en que las uvas empezaron á tomar color, y luego una infinidad de pilluelos asaltaron la barra y cada día trepaban en busca de algún racimo algo maduro: de donde resultó que á nadie produjo beneficio aquella viña, y la poca fruta que dió, sólo sirvió para enfermar á muchos niños del pueblo.

El relato á que nos referimos es muy detallado, y demuestra con evidencia lo que son en la práctica las ideas socialistas.

¡Si no hubiese curas!—De no haber curas en el mundo, á fe que lo pasarían mal ciertos tunantes. Y vaya una prueba ó ejemplo de lo que afirmamos.

Iban solos en un coche de segunda dos viajeros franceses:

uno de ellos, bajo y endeble, pertenecía á la clase media; el otro, alto y robusto como un Hércules, era un obrero.

El tren paró. En el andén de la estación había un sacerdote esperando.

¿Para qué sirve eso? dijo al obrero su compañero de viaje.

El interpelado no contestó, y el tren se puso en marcha. Cuando la estación que acababan de dejar estaba á bastante distancia, el obrero dijo al otro:

—Mire usted; nos hallamos en un desierto; la estación dista mucho de aquí; y si me diera el capricho de echarme sobre usted y estrangularlo, ¿quién había de impedírmelo?

—¿Y qué ganaría usted con esa atrocidad?—preguntó temblando al obrero el libre pensador.

—Los treinta mil francos que lleva usted en la maleta.

¡Treinta mil francos!—exclamó aterrado el del «libre-pienso».

—Si, me han asegurado positivamente que usted lleva treinta mil francos en la maleta.

El libre pensador se creyó perdido y palideció como un muerto; pero el obrero le devolvió la tranquilidad con estas palabras.

—No debe usted temer nada de mí: duerma usted tranquilo, porque para su buena fortuna y la mía, yo he sido educado en el temor de Dios desde mis tiernos años, por uno de esos que al partir el tren me preguntaba usted con aire despreciativo que para qué sirven.

Carretero locuaz.—El Czar de Rusia, difunto, el Rey de Grecia y el príncipe de Gales (que después fué Eduardo VII), salieron á pié de Copenhague para una corta cacería y arrastrados por el gusto y la afición, se alejaron mucho de su palacio y cuando llegó la noche era imposible desandar todo lo andado.

Alejandro III se dedicó á buscar un labriego que los llevase en un carricoche, encontrándolo por una larga remuneración.

El vehículo solo tenía cuatro asientos contando el del auriga. El Czar ocupó un puesto al lado del cochero y detrás se sentaron el rey de Grecia y el príncipe de Gales.

—¿Quiénes son esos que vienen detrás?

—El Príncipe de Gales y el rey de Grecia. Callóse el cochero y al cabo de media hora de silencio interrogó de nuevo.

Y V. ¿quién es?

—¡Yo! El emperador de Rusia.

Amostazado Alejandro, preguntó á su vez: ¿Quién es usted amigo mío?

—¡Yo..! El Emperador de la China, dijo el atrevido auriga.

Por fin llegaron al término del camino y ¡cuál no sería la sorpresa del aldeano al ver confirmadas las respuestas de su noble viajero!

Cuatro piernas hubiera querido él tener para tomar las de Villadiego y no reposar en el camino; ni quiso esperarse para cobrar el precio de su trabajo; pero el Czar le hizo llegar á su presencia y dándole cien duros le dijo:

Tened y poned atención en lo sucesivo: yo os he dicho la verdad; pero vos sois un embustero.

Caso espantoso.—Dios espera á que el pecador se arrepienta, y, aunque esté cierto de su impenitencia, tolera sus iniquidades, porque Dios es eterno y al fin, nadie puede escapar de sus manos; pero no siempre soporta al malvado que le provoca con insultos, como lo prueba el caso siguiente:

Por mucho tiempo estuvo Dios soportando las satánicas blasfemias de un joven que estaba preso por sus crímenes, en la cárcel de Finalburgo. Los sufrimientos de la prisión, lejos de abrir los ojos de su alma al arrepentimiento, lo enfurecían más cada día contra Dios, á quién culpaba de su desgracia.

Apenas abría la boca que no fuese para blasfemar y profanar cuanto hay de santo en el cielo y en la tierra y hasta tal punto llegó su desesperación que se entregó al Diablo, para que, según él decía, lo librase de los padecimientos de esta vida. No fueron vanas sus horrendas ofertas, porque al proferir el infeliz, con terror y asombro de todos los circunstantes, estas espantosas palabras: *Lucifer, ven y llévame, porque tuyo soy*, cayó muerto al suelo, quedando su cadáver desfigurado y horrible á la vista.

Remedio contra el cólera.—En estos días en que tan de cerca nos amenaza el cólera, pues la terrible epidemia se ha extendido por casi toda Europa y ya está en Marsella, Montpellier y otras poblaciones de Francia próximas á nuestra frontera, publican los periódicos muchos remedios preventivos y curativos contra dicha peste. En una publicación hemos leído lo que vamos á referir brevemente:

Cuando los ejércitos de Víctor Manuel cercaban la ciudad de Roma, pretendiendo acabar con la soberanía temporal del Papa, el cólera se desarrolló dentro de Roma, haciendo numerosas víctimas en los batallones de Zuavos pontificios. Un día el Papa Pío IX llamó al general Catelineau y le entregó unos frascos llenos de un líquido desconocido, pero de tan maravillosa virtud, que cuantos lo tomaron en adelante se vieron libres de la peste. Cuando después en 1885 el cólera volvió á hacer estragos en Francia y España, un general carlista que se hallaba al lado de don Carlos en Italia, tuvo que hacer un viaje á España, pero antes de marchar, la señora del Pretendiente le entregó un frasquito lleno del líquido que se tenía por milagroso. Al llegar á París el general fué atacado por la peste, pero así que tomó la medicina cesaron los dolores, vómitos y demás accidentes poco limpios que trae consigo el cólera. Al llegar á Madrid encontró en la agonía á un criado de su casa, atacado de la misma enfermedad é igualmente lo sanó con dicho líquido. Entonces el general entregó parte á un químico entendido, para que lo analizase y del exámen verificado resultó que la composición de la medicina era la siguiente:

Alcohol absoluto, 1.000 gramos; Alcanfor á saturación; Cafeína, 10 gramos; Cocaína, 5; Codeína, 5; Láudano, 5.

Se toma en dosis de diez gotas cada hora en un terrón de azúcar. Si aumenta la gravedad del mal se sube la dosis á veinte gotas cada diez minutos, hasta que se produzca la reacción.





DE PEÑA DE FRANCIA



LORABA un día el profeta Jeremías la esclavitud del pueblo de Dios, y así comenzó un tristísimo cántico: «Nos hemos sentado y llorado junto á los ríos de Babilonia, al recordar á nuestra amada Sión: cesaron los órganos, y cuando nos mandaban cantar los cánticos de nuestra patria, así respondimos: ¿cómo hemos de cantar en tierra extranjera?»

Al echar una mirada sobre el inmenso horizonte que desde este elevadísimo risco se divisa, siéntese un fuerte impulso en el corazón, que obliga á derramar lágrimas. Se traspasa uno á contemplar el mundo cautivo del infierno; ¿por qué no recordarlo? Sin que se nos pueda tener por pesimistas, repetimos lo que tantos lamentan: Nuestra Patria querida va perdiendo su fe; nuestra España se olvida de su Madre amantísima María.

Este es el pensamiento que infaliblemente se apodera de todos los que suben á visitar á la Virgen de la Peña de Francia. Aquí vienen á llorar los males de la sociedad; la esclavitud del mundo se llora aquí con Jeremías. Sentadas ó prostradas á los piés de la Virgen vemos casi todos los días á muchas piadosas personas implorar la protección de esta poderosa Señora. Celosos sacerdotes suben en nombre de sus feligreses, dan su ofrenda á la Virgen, le piden su bendición, y llevan un recuerdo para eternizar el día dichoso de su venida.

Muchas son las personas que vienen á cumplir sus votos, que en día de luto hicieron: vienen ya con el corazón inundado de gozo, y con mucha más confianza en la protección de María. Por no ofender la humildad de personas caritati-

vas nos abstenemos de mentar sus nombres, y sólo diremos los regalos que hicieron á la Virgen.

Pocos años hace, la Virgen en otro tiempo rica, se hallaba por completo despojada de todas sus alhajas; hoy gracias á sus devotos hijos ya ha recobrado algunas de ellas. Una corona de plata cubre la sienes de su imágen: al cuello tiene un rosario de oro. Hermosos mantos de gran valor; un corazón de oro; un frontal de raso encarnado para el altar mayor; media luna de metal blanco de cinco luces; una pila de mármol... etc. Todos estos objetos son regalos de los pueblos de la Sierra.

Las innumerables limosnas que cada día se le hacen, y principalmente las de la fiesta principal, son una prueba del amor que estos pueblos y sus hijos todos dispersos por el mundo le tienen.

Venid amantes de María; aquí fijó su trono, aquí escucha nuestras plegarias. En sus brazos tiene al Redentor de los hombres, y cada vez que sus hijos fieles levantan hacia ella su mirada triste, María mira á su Hijo, le habla con ternura y le suplica que atienda á la demanda de sus devotos.

Suban á esta morada de la Virgen los que se contristan al ver la desolación de su Patria. Suban los que deseen ver á España regenerada; suban los amantes de un gobierno cristiano y civilizado, y temen á la serpiente horrible que hoy se levanta del océano del mundo.

¡A la Peña de Francia á jurar nuestras creencias cristianas! La Peña de Francia se eleva sobre el mundial envilecimiento; inspira compasión del hombre ciego, y dulcifica los pesares con la pronta restauración de las cosas en Cristo que cerca se vé.

Muy pronto vendrá del pueblo llamado la Bóveda una peregrinación; esto será un consuelo para la Virgen. ¡Sí, Madre nuestra! ¡Todavía hay hijos que te amamos! Haz que sean muchos los que vengan á honrarte: y cuando los veas subir á tu trono, bendice sus anhelos, y haz que lleguen alegres á tu presencia. Son hijos fieles que escapan del mundo, para llorar la cautividad casi universal del pueblo cristiano. Son españoles que quieren que tu sigas gobernando á su Patria que es también tuya.

Aquí esperamos con los brazos abiertos á todos los que quieran acompañarnos á dar culto á la Virgen. Pronto comienza la novena para su fiesta principal que es el ocho de Septiembre: En los dos últimos días habrá sermón.

¡María llama á tus hijos!

FR. W.

Peña de Francia. 18 de Agosto de 1911.



SECCIÓN DE NOTICIAS

De España.—Mientras los diputados republicanos, en unión con el socialista Pablo Iglesias, recorrían las ciudades de España organizando mitines de protesta contra la guerra y el ejército, un suceso desagradable vino á avisar al Gobierno de lo peligroso que es mostrarse tolerante con los enemigos del orden. A bordo del buque de guerra español llamado *Numancia*, se insurreccionaron algunos marinos que pretendían apoderarse del barco, proclamar la república é inducir á la rebelión á los demás buques de la escuadra y á las ciudades marítimas. Gracias á Dios pudo sofocarse la rebelión y los culpables pagaron su delito uno con la vida, seis con la pena de reclusión perpetua y otros con diversos castigos menores. Dícese que en poder de los sublevados se encontraron documentos que demuestran las relaciones que mantenían con los republicanos portugueses y con algunos españoles. No deja de ser un consuelo el que el marino fusilado murió cristianamente, pidiendo perdón á sus jefes, y recibiendo los auxilios de la religión antes de sufrir el terrible fallo de la ley.

—La política de Marruecos está pendiente de las conferencias que mantienen Francia y Alemania. Parece que no se entienden, por no avenirse la primera á conceder lo que la segunda pide y todo hace temer que estalle la guerra entre las dos y en ese caso toda

Europa tendría que entrar en lucha, por estar varias naciones comprometidas por una y otra parte.—Con motivo de los desagradables encuentros ocurridos entre nuestros agentes y los franceses en el territorio de Larache, se ha ajustado un tratado entre España y Francia, para evitar nuevas colisiones.

De Portugal.—Ha sido aprobada la nueva Constitución por la que se regirá la República Portuguesa. Ahora falta la elección de Presidente que los trae divididos en varias facciones. También se están verificando por orden del despótico Gobierno los inventarios de bienes de las iglesias. En muchos pueblos han rechazado á palos y pedradas á los agentes encargados de realizar tales atropellos. Entre tanto el Gobierno Provisorio derrocha la Hacienda pública para pagar á los carbonarios encargados de vigilar y perseguir á los partidarios de la Monarquía y hasta tal punto llega el desbarajuste, que la deuda de la nación sube á la enorme cifra de 125 millones de pesetas.

De Salamanca.—Con gran esplendor se celebró en el convento de San Esteban la novena y la fiesta de nuestro Patriarca Santo Domingo de Guzmán. Las pláticas estuvieron como en años anteriores, á cargo de los Novicios, quienes con entusiasmo expusieron á la numerosa concurrencia de fieles las virtudes y las glorias del Santo. El día de la festividad, 4 de Agosto, oficiaron los Reverendos Padres Carmelitas, predicando uno de ellos el panegírico que resultó una ferviente apología de la Orden fundada por Santo Domingo. Por la tarde salió por los claustros y plaza del convento la procesión con las imágenes de Santo Domingo y de la Virgen del Rosario y se terminaron los cultos con la adoración de la reliquia.

En la Peña de Francia.—El día 25 de Julio, festividad del Apóstol Santiago, tuvo lugar en este santuario un suceso no presenciado en aquel sitio desde tiempo inmemorial: la celebración de una Misa Nueva. El nuevo sacerdote era el R. P. Dominico Fr. Joaquín Alvarez á quien asistieron el R. P. Fr. Ramón Tascón y el señor Cura Párroco del Cabaco como padrinos de altar, y los señores Tomás Hoyos y Presentación Gómez de Hoyos en calidad de padrinos de honor. Con este motivo subieron al Santuario muchos fieles de los pueblos comarcanos.—También se celebró con esplendor la fiesta de Santo Domingo. La víspera por la noche se encendió la tradicional hoguera que se vé desde Salamanca. El día 4 hubo misa solemne, sermón que predicó el señor Cura Párroco de Miranda del Castañar, y procesión.

La Desamortización.—Algunos periódicos republicanos, queriendo inducir á Canalejas á que suprima el menguado presupuesto del Clero, han publicado varios artículos en que dicen que esa paga no es una deuda, sino un regalo gracioso. Pero un periódico católico les contesta muy oportunamente haciendo la cuenta siguiente:

El Estado español percibió por la venta de los bienes robados á la Iglesia NUEVE MIL MILLONES DE PESETAS, que, colocados al módico interés de un tres por ciento, producirían una renta anual de DOSCIENTOS SESENTA MILLONES. Como el Gobierno solamente da al Clero TREINTA Y DOS MILLONES, resulta que le quedan todavía CIENTO TREINTA MILLONES entre las uñas.

Rasgo heroico.—En Benicasín (Castellón) estaba el Párroco paseándose á la orilla del mar cuando vió que un niño de doce años se cayó al agua é iba á perecer. Inmediatamente el sacerdote se arrojó á nado para librarlo, pero el niño le sujetó de tal modo que, no pudiendo valerse de los brazos, se ahogó. Al niño todavía pudo sacarlo vivo un jóven del mismo pueblo.

Una conversión.—Hace poco murió el senador por la Gironda Mr. Saint-Martín que muchas veces en el Senado dió su voto á los proyectos anticlericales del Gobierno. Al llegar su última hora se confesó é hizo una retractación de todos sus errores. Que Dios le haya perdonado.

A confesión de parte...—El anticlerical Vincenti, al pronunciar un discurso en el Ateneo de Madrid, dijo estas palabras:

«Los frailes no pueden ser vencidos por el puñal y la tea incendiaria. Sólo lograremos vencerlos, cuando tengamos mejor educación que ellos». ¡Y sus oyentes aplaudieron!...

Carta laudatoria.—Su Santidad Pío X ha dirigido á nuestro Reverendísimo Fr. Jacinto Cormier, á su regreso de visitar la Universidad Católica de Friburgo, una carta en que colma de alabanzas á los profesores Dominicos que en dicho centro desempeñan la facultad teológica.



SALAMANCA.—Imp. Católica Salmanticense y Encuadernación.